

O en el vientre aquel gusano,
 Con que la conciencia sana,
 Que no entre en su puchero
 Carnero negro, que vala:
 Y que su caldo no cate
 Gallina negra ni blanca.
 Bástale como á los otros
 Su media libra de vaca.
 A todos ronde el conjuro,
 Hasta tanto, que se vaya
 De los pulpitos y templos
 Todo esta maldita paga.
 Y quedemos en que es bueno
 Predicar bien, pero al alma.
 Esto es lo que en los Gerundios
 Persuade un libro de plata.
 Belzebú es rey de las moscas,
 Y este las moscas espanta;
 Esto es lo que en Circunloquios
 Mi fólio volante trata.
 Prosa que suelta el enigma,
 Copla que el misterio canta,
 Via recta van perdidos,
 Si el Circunloquio no alcanza.
 Esto es lo que yo pretendo
 En esta Jácara parda;
 Que aunque divierte á lo chusco,
 En tono muy serio acaba.
 Todo sermón, si es cristiano,
 Tira á Dios, y es su palabra.
 Mire bien no le conculque
 Quien la siembra: porque basta
 Lo que el mal d-monio pierde,
 Y el hombre bueno no agarra.

CARTAS APOLOGÉTICAS

EN DEFENSA DEL AUTOR É HISTORIA DEL FAMOSO PREDICADOR
 FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS,
 CONTRA EL PAPEL QUE DIÓ A LUZ EL PENITENTE DEL
 M. R. P. P. MARQUINA.

CARTA PRIMERA.

Que se me antojó escribir á cualquiera que la quiera leer.

Muy señor mio: ni á V. le ha pasado por la imaginacion el escribirme, ni á mí me pasó por la calavera el responderle. Así pues, esta carta breve ó larga (pues no sé lo que saldrá, no es respuesta ni calabaza. Es un turbion, es un ímpetu, es una ráfaga, es un empellon, es un antojo, es una manía, es en fin todo lo que V. quiera que sea, porque es cuestion de nombre, y no es negocio de que andemos á estocadas por este, como se llama. Acabo de leer un papelon sin título ni autor, sin nombre fingido ni verdadero, propio ó prestado; con que no puedo decir á V. como es su gracia; solamente puedo asegurarle que no la tiene. Suena escrito por un Penitente del P. Marquina, Capuchino, y Capuchino muy conocido; pues el mismo escritor afirma, que su confesor el

Padre Marquina exclamó esto, le dijo aquello, le aconsejó lo otro y le enseñó lo de más allá. No dá más señas de su persona, y aún éstas (por lo que luego diré) se me figuran postizas. Así, pues, hablaré con el señor Penitente, ya que plugo á su Merced presentárenos en este compungido estado. Y si consiguere hacerlo Penitente arrepentido (de lo que no desconfío, mediante la divina gracia), no se habrá perdido mi trabajo. De contado afirmo á Vuestra Merced con toda seguridad, que el tal señor Penitente no es el Penitente instruido por el V. P. Señeri; pues ya verá Vuestra Merced pruebas convincentes de que al pobre pecador le falta mucha instruccion. El susodicho papelon del sobredicho Penitente tiene gana de ser una furiosa impugnacion, ó, por mejor decir, unas baquetas generales y de muerte del primer libro de la ruidosa *Historia del famoso Predicador F. Gerundio de Campazas*. Sin haber salido de éste libro, queda ya calificada la obra por el devoto Penitente, « de impía, de blasfema, de injuriosa y denigrativa de todo el Estado Eclesiástico, Secular y Regular; de ofensiva á los Prelados de la Iglesia, al Tribunal de la fé, á la soberana autoridad del Rey, y, en fin, « *rea læsæ majestatis divinæ et humanæ*; » como delincuente y convicta de todos los demás atroces delitos pasados, presentes, futuros y posibles; salvo el deicidio, que éste quizás se reservará para el baqueteo del segundo libro. ¿Juzgará Vuestra Merced que esto me removié la cólera, y me encrespó la irascible en superlativo grado? Se engaña Vuestra Merced enormemente: jamás ha estado aquel humor tan tranquilo, ni este afecto más en calma: así lo hubiera es-

tado el de la risa; porque no me hubiera dado tan mal rato. Consentí que me sucediese lo que á aquel romano, á quien dicen quitó la vida una carcajada: por lo ménos las mías fueron tales, que en su comparacion, tengo para mí eran carcajadas de teta las que se usaban en la fiesta del Dios del regocijo: *Et grandes mirata est Roma cachinnos*. Sosegadas algun rato estas cosquillas del gaznate, comenzaron á hormiguear tan vivamente las de los dedos, que no me pude contener sin tomar la pluma, para ver si las podía apaciguar de aquel prurito ó comezon de escribir, que no acerté á explicar al principio de esta carta si me la escribiría solo á mí mismo, ó la comunicaría á otros para que hagan cuenta se la escribo á ellos. Todavía no lo sé; eso será conforme ella saliere, y como á mí me diere la gana.

Ahora le tengo de desbuchar á Vuestra Merced los motivos que tengo para creer y sospechar que el tal escribiente ó escritor, no es ni puede ser Penitente del P. Marquina, segun lo que él mismo dice y sienta en el número primero: *Que los confesores se conocen por los confesados*. Si esta máxima es cierta con la generalidad que el buen hombre la pronuncia (gracias á Dios que no la es), resueltamente digo, ó que no es Penitente del referido Padre, ó le hace una injuria atroz, ó debe volver al molde su doctrina, para fundirla de nuevo, achicándola un poco la universidad. ¿Quién ha de conocer aquél confesor por este confesado? Aquél religioso, éste ni aún buen cristiano; aquél humilde, éste lleno de vanidad y de propia satisfaccion; aquél modesto, éste destemplado; aquél de profesion austera, éste desahogado de pro-

fesion; aquél versado en leer libros, éste en revolverlos; aquél sabio, éste ignorante; aquel veraz, éste embustero; aquél lleno de celo, éste de furor. A su tiempo verá Vmd. si me desmando ó exagero; pero mientras tanto dígame Vmd., para mi consuelo, ¿si por las señas de este confesado se puede venir en conocimiento de aquel confesor?

¡Pobre Padre Marquina! si fuese cierto que los Confesores se conocen por los confesados, y que era confesado suyo este Penitente, no le arrendaria yo la ganancia; porque sería preciso confesar que el Padre Marquina era un hombre furioso, presuntuoso, envidioso, revoltoso, vanaglorioso, mentiroso, calumnioso, artificioso y todos los acabados en *oso*, que suenan á ferocidad, como leon, tigré, escorpion y anfisirena. Esto último lo dije no más que por aprovechar este versécito: *Et gravis ingenium vergens caput amphisirení*. Pues, por lo demás, ¿qué se yo si viene á cuento? Por lo ménos, *hæc est vera effigies* de su devoto y compungido confesado. Pero consuele su Reverendísima, que el pobre pecador no lo dijo por tanto, y va tanta diferencia del retrato del penitente al original del Confesor, como va de lo vivo á lo pintado.

Otra sospecha de que el tal Penitente, ó no lo es del Padre Marquina, ó si lo es, este religioso no es sino su Confesor de honor (como dicen que ahora se usan algunos): se funda en otras cosas, que dice el santo varon con un candor que edifica. Afirma en la introduccion, «que no obstante que sudirector insiste « en que se abstenga de escribir contra esta Historia, « para no entrar en el número de los ignorantes; « avisándole que tiene en el prólogo un durísimo

« morrion para burlarse de las cuchillas y saetas de « parvulillos; y que toda esta obra parece sana y útil, « sin sátiras ni dicterios que la puedan hacer delatable á los Tribunales; con todo eso, á su parecer, « es digna de delacion, por satírica, sacrilega y escandalosa; para lo cual formará aquí los reparos « que tenga, y pondrá los remedios.» Concluyendo con una protesta en tono de amenaza, capaz de atemorizar y de poner tamañito al corazon más intrépido. Vea aquí Vmd. un Penitente bien rebelde, ó á lo ménos cándido como él solo; pues paladinamente confiesa, que su Confesor le aconseja una cosa, y él hace otra; que su Confesor es de un parecer, y él de opuesto; que su Confesor lleva una opinion, y él lleva la contraria con el doctísimo Borradas. Su Confesor le aconseja que no escriba contra la obra, y él escribe contra ella. A su Confesor le parece sana y útil, y á él le parece pestilencial y perniciosa. Su Confesor juzga que no tiene sátiras ni dicterios que la hagan delatable; y él juzga que es digna de delacion, por satírica y escandalosa. Y es de advertir que este dictámen de su Confesor no fué un dictámen ni un consejo repentino, transeunte ó pasajero; fué premeditado y repetido con empeño. Esto quiere significar el verbo *insistir* con que se explica el confesado. «Mi Confesor *insiste* en que no escriba.» Pues ahora, un Penitente que desprecia los saludables avisos de su Confesor, que no hace caso de sus consejos y que se burla prácticamente de sus paternales amonestaciones, inculcadas con instancia, ¿no dá motivo para creer que solo es un Penitente *ornatus gratiæ*; y que lo tiene por Confesor solamente *ad pompam et ho-*

norem? Por estos motivos estoy muy tentado á creer, que no es Penitente de quien dice; ó si lo fuere, en esto de la confesion seguirá sin duda la brutal opinion de aquel impío que cantaba:

Mi confesor me dice
Que no te quiera:
Yo le respondo: ¡Ay Padre!
¡Si usted la viera!

Pero lo que nunca creeré, aunque para convenirme de ello se celebrara una congregacion general de todos los críticos del mundo, es (aunque no faltó quién intentase persuadirme) que el autor del papel no era el confesado, sino el confesor; no el penitente del padre Marquina, sino el mismo padre. *Abrenuntio: vade retro*. Yo no sé si el autor de la *Historia de Fray Gerundio* conoce, ó no conoce al padre Marquina; porque esto de conocerse los hombres unos á otros, es más obra de lo que parece. Lo que sé es que yo conozco mucho al padre Marquina, y á mi parecer lo conozco bien. Por esto, nadie me persuadirá á que sea suyo un escrito tan necio, tan ignorante, tan insulso, tan mordaz, tan furioso, tan insultante, tan inconexo, tan insignificante, tan mentiroso, tan vengativo; y todos los demás *tanes* que no suenan á bien. El padre Marquina edificó á Madrid con su vocacion, á Roma con su actividad, á Galicia con su celo, á Orán con apostólicas fatigas; y en su religion hace hoy una figura muy recomendable. El padre Marquina ha sido oido en los púlpitos con estimacion. Ha merecido concepto en las consultas; y en los escritos que ha publicado (aunque yo he vis-

to bien pocos), me dicen que ha logrado aceptacion. El padre Marquina (segun afirma el escritor del papelote) ha profesado antigua y fidelísima amistad con el que quieren suponer autor del *Fray Gerundio*; y no se sabe que éste le haya ofendido jamás de pensamiento, palabra, ni obra. Pues, ¿cómo me he de persuadir yo de que sea autor de un papel, que tan mal trata á su antiguo y fidelísimo amigo; aún cuando el papel estuviese escrito con otro gusto, con otra sal, con otro tiento, con otro juicio, con otra ciencia, y con otra crítica? *Credat Judæus Apella*.

No ignoro lo que se puede responder á esto. Diráse *Amicus Plato, sed magis amica veritas*: y que cuando se trata de volver por la Religion atropellada, por el Estado Eclesiástico secular y regular ofendido, por los prelados de la Iglesia ultrajados, por los tribunales puestos á los piés, y por la misma potestad real usurpada ó desatendida; no hay amistad que valga: porque *amicus usque ad aras*; y en llegando aquí beso á Vmd. las manos, y á Dios, amigo. ¿Sea por ahora así, y supongamos por un momento cierto todo lo que significan estas voces campanudas. Se hace verosímil, que en este caso el caritativo padre Marquina dejase solo de serlo con su fidelísimo y antiguo amigo, omitiendo en gracia de su antigua y fidelísima amistad, todos los preceptos de la correccion fraterna? ¿Había de hacer añicos estas reglas él mismo, que tanto las inculca en su papelote número nueve? ¿Había de darle el aviso fraternal y privado, por medio de un papelon lleno de injurias, divulgado en la córte, y acaso en toda la España, ántes que llegase

á manos del miserable delincuente? Y me querian persuadir que un varon tan religioso, tan circunspecto, tan letrado, tan canonista, tan teólogo como el padre Marquina, ¿habia de incurrir en este grave absurdo contra la santa caridad? Lo dicho dicho: *Credat Judæus Apella.*

Es verdad que parecen muy fuertes las razones en que fundaba su cavilacion el que pretendia encajármela á mí. Apuesto yo á que ya ha consentido Vmd. en que se las voy á exponer. Pues engañase, y echa acá la maula; porque, como no sé quien es Vmd. pide la prudencia que no le diga todo lo que sé, ni todo lo que digo. ¿Qué sé yo si será Vmd. alguno de aquellos boquirrubios, bonisimas, docilísimas criaturas, que se convencen de todo lo que leen, ó de todo lo que oyen; y tienen por demostraciones las más miserables fruslerías? En este caso, infaliblemente daría Vmd. al padre Marquina por convicto y por confeso, si yo le expusiera los motivos en que fundaba su sospecha, él que nos la queria embocar por evidencia. A la verdad no eran fruslerías, sino razones presentadas con tan buena cara, y al parecer tan ramplonas, que aún á mí me harían titubear, si no fuese tan estrecho de tragaderas, y tan acribador de granzones, que quieren colarse para trigo de buena calidad. Como estoy persuadido á que no siempre lo más verosímil es lo más verdadero, y á que *multa falsa sæpe sunt probabiliora veris*, me quedé en mi incredulidad; y más cuando noté que apuntaba algunos argumentos maliciosos, y que hacian poco honor á dicho Reverendísimo Padre y nunca deben entrar hombres de crianza en esto que se llama *contiendas literarias y remo-*

queles de pluma, ni aún en disputas de otra clase. Por lo cual Vmd. se estará en su curiosidad, y yo en mis trece, de que el Reverendísimo Padre Marquina no tiene más arte ni parte en el papelote, que el dolor con que le contemplo, de verse nombrado en él tan importunamente: queriendo el impertinentísimo escritor abrigarse ó protegerse á la sombra de tan venerables como religiosas barbas. Pero le sucedió lo que al ciervo de la fábula, que pretendió refugiarse entre los bueyes, y lo descubrió lo desmesurado de sus cuernos. Por tanto, vuélvome á mi padre penitente, y dejemos al señor confesor, que no ha pecado; y si ha pecado algo, será algun pecadillo, como el de las polainas, que se cuenta allá en el último arrabal del papelote, con una sal que derrite los hijares.

Quisiera dejar todo lo que se llama *Prólogo al autor* de la aplaudida *Historia de Fray Gerundio*; porque naturalmente me enfada gastar la pólvora en salvas, pero por otra parte me hace lástima echar á las espaldas mil preciosidades que contiene. Amen de esto, no se puede tomar una plaza por sitio regular, sin echar primero á tierra, ó á lo ménos sin apoderarse ántes de las fortificaciones exteriores. Vamos pues con un polvo, un gargajo, un refregon, y manos á la obra. El prólogo es de nueva invencion, pues comienza en tono de carta: *Mi carísimo dueño, y favorecedor antiguo* (esto va bueno, carísimo, culto y cortesano): *Sabe Dios que he procurado con vivas ansias conocerte.* Esto ya no va tan bueno; pues un tuteo tan de topetón al primer abordó y en prosa, descubre luego las zurrapas tras del tapón, y suena á crianza de polainas. En verso ya es permitido, y se

puede tutear al Rey y al Papa, sin que se den por agraviados, por la etiqueta del Parnaso: así lo dijo el discreto Fray Supino en aquella admirable carta, que escribió al Reverendísimo Padre Gerundio:

*Tú el travieso, tú el bellaco;
Pero ya de tús baste,
Aunque el Parnaso me dé
Licencia para tutearte.*

Mas en prosa castellana, (señor Penitente, perdóneme Vmd.) es rusticidad y grosería. Salvo que Vmd. sea tan antiguo y fidelísimo amigo del autor, como su padre Confesor, y que aquel le hubiese permitido esta llaneza, que entónces seria otra cosa. Miétras tanto yo bien sé que los Grandes se tutean por grandeza; pero los pequeños no siendo hermanos ó cosa tal, siempre lo hacen por parvulez. Sin embargo, este es chico pleito: y los cinco *tús* en rengle, que Vmd. le espeta una línea más abajo, *de tu aspecto, de tu traje, de tu profesion, de tu trato y aún de tu estado*; vayan por las cinco llagas. En latin encajaron á un amigo mio otros cinco *tús* en este breve pentámetro:

Tuté te fugias, si tu cupis esse tuus.

Y él los celebró mucho. Pues ¿por qué he de sacar yo la espada contra Vmd. por la bagatela de que haga al autor del Gerundio el *tu autem* del tuteo en romance? Y más, que, segun Vmd. es de agudo, está á pique de que me retrusque con el prólogo del mismo autor, y de todos los prólogos que se usan en el mundo, en los cuales es moda el tuteismo. A qué añadirá

Vmd. muy satisfecho en su triunfo, que tambien es prólogo su carta; y que si el *tutéo* no viene á carta, viene á prólogo. En este caso ¿qué podré responder yo miserable de mí? Aún, para consuelo de V. y su mayor disculpa, le he de regalar á V. con este cuentecillo.

Salió á caza cierto señor de grande entendimiento, pero de presencia un poco vasta. En el monte se desvió de sus criados, y se encontró con un lego de cierta religion, con quien trabó conversacion. El bendito lego, teniéndolo por algun labrador de la comarca, desde el primer embion comenzó á tutearle. A poco rato vinieron los criados, y uno de ellos le dijo: *¿Gusta V. Excelencia de montar?* Sorprendióse algun tanto el lego, y dijo al señor: *Perdone, hermano, que no sabia que su Señoría era Excelencia.* Pero el señor le consoló, diciéndole: *Padre, no le dé cuidado; pues ya sé que tengo traza de tú por tú.* He oido decir que el autor del *Fray Gerundio* no es cosa; y así puede consolarse el devoto penitente. Sobre todo si dicho autor tiene traza de Cerbero, de Sátiro, de Esfinge, de Avestruz y de Gavilan, como nos lo dice su merced, el señor Penitente un poco más abajo, ha hecho tan lindamente en tutearle. Porque ¿quién hasta ahora ha tratado aquellos mónstruos, ni á estos avechuchos de Vmd. de *Señoría*, de *Paternidad* ni de *Reverencia*? Lo que no puedo perdonar al señor Penitente es, que levante al Cerbero el falso testimonio, de que con sus tres bocas entona escandalosos latidos contra la fé, la esperanza y la caridad. No sabíamos hasta de ahora, que fuese éste el oficio de aquel perro, mastin ó dogo, hijo legitimo, y de legiti-

mo matrimonio del gigante Tison, y de su mujer Echiana. El Cerbero que de padres á hijos, y de abuelos á nietos, ha llegado á nuestra noticia, era un perrazo como un filisteo, de tres cabezas, tres bocas y tres fauces; que se acomodó por portero del infierno de Pluton, ó en el infierno. Era su incumbencia, hacer pedazos á las almas que pretendian salir; colear, ó colobear, halagar y hacer muchas fiestas, y abrir las puertas á todas las que se presentaban para entrar, sin meterse jamás con las tres virtudes teologales, que ni aún de cara conocia el grandísimo mastin. Este es el Cerbero de quien teníamos alguna noticia: del otro de quien habla el señor Penitente, nada habíamos oido, con que tengo para mí, que es un Cerbero formado en su célebro. Vamos claros, que el anagramilla no ha salido del todo desgraciado; y si hubiera alcanzado los tiempos del dómine Zancaslargas, apuesto á que le premiaba. Lo de Sátiro volante, que se sigue después en aquellas palabras: *¿Pero quién se admira de que vuela un Sátiro?* tambien me ha dado coz, porque es un Sátiro de nueva especie, nunca visto ni oido en los bosques, ni en las selvas. Los sátiros que se estilaban allá cuando las madres parian sátiros, así como ahora paren penitentes, eran unos semi-dioses, medio-hombres, medio-cabras, medio-castrones, que presidian en las selvas y en los bosques, con los Faunos y los Silvanos; toda gente alegre y divertida; pero un poco agreste, rústica y salvaje. Nunca se vió sátiro medio-gavilán, medio-avestruz, ni aún siquiera medio-murciélago. Sus cuernillos, sus ojos hundidos, su cara piramidal, su barba larga, su medio-cuerpo de

castron, sus piés de cabra: y servitor. Pero sátiro con alas, no sé que haya visto hasta que el señor Penitente la sacó á volar: y así el primero que se admira de que vuela un sátiro, soy yo; y estoy seguro de que después se han de admirar todos los demás que no tengan noticia de esta nueva fundacion de sátiros. Monsieur Tulp, célebre médico holandés, refiere en sus observaciones, que se condujo de Angola á Holanda, y se presentó á Federico-Enrique, Príncipe de Orange, un sátiro cuya estatura era de un niño de tres años, la corpulencia como de seis, el cuerpo cuadrado, y lo demás como cualquier cristiano, salvo que tenia cuatro piés. Previene que era sátira, no sátiro; esto es hembra, y no macho; pero yo creeré que no era sátira, ni sátiro, ni calabaza, sino un mónstruo de la especie humana, como los muchos que vemos cada dia. Pero al fin, ni está señora sátira tenia una alita de mosca de burro para elevarse un poco. Esto siendo así, que las sátiras, especialmente si son buenas y de ley, muelan mucho. Por tanto lo dicho dicho: yo soy el primero que me admiro de que vuela un sátiro.

Lo que no me admira, ni me admirará jamás, es la estafalaria inconexion con que trae esta exquisita erudicion el compungido penitente. La cláusula inmediata dice así: *Peró no sé en que consiste, que al momento se me desvanece cuanto habia concebido, cayéndoseme las armas de las manos, cuando quiero herirle;* y añade luego sin interrupción, *pero ¿quién se ha de admirar de que vuela un sátiro?* Hermano confesado, ¿qué conexión tiene esto de que vuela un sátiro, con que á Usaca se le caigan las armas de la

mano? Pues que, ¡ en viendo volar un gorrion , luego se le caen las armas de la mano! ¿Y por qué no podrá herir á ese pícaro de sátiro, por más que vuele? Apúntele bien, tírele un escopetazo, y verá como le alcanza aunque su vuelo sea más rápido que el de un arajarque. Pero ¿qué sabemos? quizá no será diestro en la caza de volatería, y solo se habrá ejercitado en correr liebres con galgos, de que dá bastantes muestras en su papelon; pues algunas liebres levanta, que no hay galgos que las alcancen: v. gr. la de esfinge con tres caras, una de jesuita, otra de Fray Blas y otra de Barbadiño. La primera sería y grave; la segunda loca y presumida; la tercera locuaz y bulliciosa. Hé aquí una bellissima esfinge de la última moda. Señor Penitente, los puntualísimos y verdaderísimos anales de la fábula y de la mentira, no hacen mencion más que de una sola esfinge, con que Juno, en venganza de cierta bellaquería de su marido Júpiter con una moza de Tebas, castigó á los tebanos, y se la embocó en su monte Cyteron. Esta tal dicha esfinge no tenia más que una cara, y esa linda, cuerpo de perro, garras de leon, cola de serpiente y alas de murciélago, para mayor gracia. Las otras dos que Vmd. le añade, son de pura liberalidad. Y cierto que con una cara de jesuita, y otra de capuchino, sería de ver la señora mia. Soy de parecer que Vmd. la quite esas dos caras, con que se ha dignado regalarla; pues con ellas no la ha de conocer la misma Juno que la parió. Y de camino prevengo á Vmd. caritativamente, que en adelante dijiera mejor lo que lee; porque si en las tres primeras trivialísimas erudicioncillas, con que Vmd. nos hace merced, desbarra

tanto, ¿qué confianza podemos tener de las otras cosas más hondas, que toca en su marmotreto?

Pero ya que estamos en el capítulo de la esfinge, me hace lástima dejarle de la mano, sin añadir lo que se sigue. Divertíase esta doncella en estos que llaman *acertijos y quisicosas*, que ponía á los caminantes: llamábalos con blandura, mirábalos halagüeñamente, y les proponía este enigma, con un cariño y una melosidad, que admiraba el alma: *¿Qué cosi-cosa es un animal, que á la mañana anda en cuatro piés, al mediodia en dos y á la noche en tres?* Los pobres pasajeros daban por aquellas encinas (ya que no podían dar por aquellas paredes, siendo cosa muy natural, que no hubiese paredes en el monte); no acertando con el enigma, eran irremisiblemente despedazados por la suavísima doncella. Tanto que afirma cierto autor anónimo Mendo de tal, que el monte Cyteron parecia cementerio, segun los huesos y calaveras de los tebanos, que se veian esparcidos por todo él; hasta que en fin quisieron los dioses inmortales que pasase por allí el príncipe Edipo, jóven de raras aventuras, y desató el enigma, diciendo, que ese animal era el hombre, el cual cuando niño (que es la mañana de la edad) anda en cuatro piés, porque anda en brazos ajenos; cuando mozo (que es á mediodia) anda en dos; y cuando viejo en tres; porque un baston ó una muletilla ¿á qué viejo se le puede negar? Desesperóse tanto la buena de la doncella de ver desatado su acertijo, que de pura rabia se echó por un precipicio, que debia de estar por allí á mano, y se hizo pedazos la cabeza; que cierto fué una grande lástima. No le hubiera sucedido esta

desgracia, si Vmd. y otros penitentes de su pelo hubiesen nacido en aquel tiempo; pues Vmd. y ellos son unos animales, que cuando niños, cuando mozos y cuando viejos siempre andan en cuatro piés. Y en verdad, que si entónces se usaran muchos hombres semejantes, el serenísimo señor Edipo no lo hubiera contado por gracia.

Está conocido, que el penitente no es feliz en mónstruos fabulosos; veamos si tiene más fortuna en pajarotas verdaderas, sucediéndole lo contrario que á los poetas, segun la discreta salida de aquel inglés, que habiendo compuesto un poema en elogio del usurpador Cromwel, y habiendo compuesto otro celebrando á Carlos segun lo, legítimo Rey de Inglaterra, cuando el parlamento lo restituyó al trono de sus antepasados, se le presentó al Monarca. Este le leyó y dijo: *Mejor estaba el que compusistes á Cromwel.* A que respondió prontamente el panegirista: *Señor, es que los poetas siempre son más fáciles en la ficcion que en la verdad.* Como el penitente no es poeta (ó á lo ménos no lo parece), puede ser que sea más dichoso en la verdad que en la ficcion; y que habiéndole salido tan mal lo que dijo del Cerbero, del Sátiro y de la Esfinge, le salga mejor la comparacion que hace del autor del Fray Gerundio, con el *avestruz* y el *gavilan*, de que habla el profeta Job, (no sabemos con que razon, ó con que autoridad pone á Job en la clase de los profetas) en el capítulo 39.

De contado es cierto que ya tardaba la aplicacion-cilla de un texto de la Sagrada Escritura, para insultar al autor, y para amenizar el papelon. Un textecillo en este género de composiciones ó desbarros, es una

preciosidad, diga lo que dijere el sagrado Concilio Tridentino. Y aun que el Penitente en otra se muestra (con mucha razon, así fuera con igual oportunidad) acerbísimo defensor de esta justísima prohibicion, eso no importa, que á él no le perjudica; por cuanto tendrá privilegio para no conformarse con ella, segun le viniere á cuento. Sea lo que fuere, el desdichado autor habrá de tener paciencia; porque si no fuera el cerbero que vomita (me equivoqué), el cerbero que entona, porque el cerbero es grande entonador) escandalosos latidos contra las tres virtudes teologales; sino fuere el sátiro con alas, ó la esfinge con las tres caras, por lo ménos de ser el avestruz y el gavilan de que habla el profeta Job, no se escapa. El texto claro como el agua; y la aplicacion al autor del Fr. Gerundio no hay expositor que no la haga: *Penna structionis similis est pennis occipitis.* ¡Que se rasque ahora el grandísimo bellaco! Pero aquí del reparo, prosigue el águila de los Penitentes: «¿Cómo pueden ser parecidas las plumas del avestruz á las del gavilan? Aquel pesado, éste ligero. Aquel apenas se aparta de la tierra; éste acreditando su cuna sobre las alas del viento (ahí es un granito de anís la clausulilla), tiene su comun habitacion en el aire. Aquél hipócrita de lo volátil; éste emblema de la altivez (buena expresion de la agilidad aguda). ¿Pues cómo pueden ser parecidas las plumas de dos aves tan diversas?»

Ea, no se fatigue el autor, que ya se va á explicar el Penitente, diciendo con el Profeta, que aunque son parecidas en alas, no son semejantes en el vuelo; pues una siempre vive elevada; y otra, por ser pesa-

da, abatida. ¿Qué le parece á Vmd. de este parrafito? ¿No vendria de perlas á un sermon de Cofradía, en que el Mayordomo se llamase *Toribio Gavilan*? Pero desplumemos primero el avestruz del Penitente. ¿Quién le diria á este señor, que el avestruz, por pesado, apenas se levanta de la tierra? Dice que se lo dijo el Profeta Job; pues aquí no nos cita otro. Pero el Profeta Job en el último capítulo dice lo contrario; pues pintando en los números 14, 15, 16 y 17, las demás propiedades del avestrúz, añade en el 18: *Cum tempus fuerit, in altum alas erigit: deridet equum et accessorem ejus*. A su tiempo (esto es cuando lo persiguen), levanta el vuelo muy alto, y se burla del caballo más ligero, dejando con la boca abierta al cazador. En verdad que esto no prueba ni tanta pesadéz, ni vuelo tan atterrado como lo pondera el señor Penitente. ¿Y si levanta estos testimonios á los Profetas, á los que no lo son, qué testimonios no levantará? Fuérale mejor acusarse de esto á su Padre Confesor, seguir sus prudentes consejos, y no meterse en lo que no entiende: porque en Dios y en mi conciencia, no le da el naípe para impugnador, siendo así que es un oficio muy fácil.

De propósito no le citó al Abad de Pluche, en su célebre *Espectáculo de la Naturaleza*, tom. 2, pág. 7, donde dice, con auto de Diodoro Siculo, que «las dos alas del avestrúz son fuertes, aunque cortas para poder levantar del suelo tan grande mole; solamente le sirven de velas ó remos para tender y sacudir el aire, lo cual le dá una grande ligereza á su carrera.» Mire si este pajaron es tan pesado como le pinta. Digó que no le citó al Abad Pluche; porque temo

que me diga que mis frases son propias de los *Novatores*; y que éstos me remiten las armas á mí tambien, como dice, que se las ministraron al autor de *Fray Gerundio*. Cuando leí este despropósito, me descompuso la risa mi natural mesura, sin poderlo remediar; y me acordé de este casito gracioso. En casi todas las Comunidades de Salamanca se suele zumbar por algun tiempo á los nuevos, llamándolos con diferentes nombres; en unas *Catecúmenos*, en otras *Neofitos*, en otras *Insectos* y en otras *Novatos*. En una de estas últimas habia un religioso (buen Fraile por cierto), que estaba muy mal con dicha zumba; pero no lo podia remediar. Por fortuna, tropezó un dia con una Bula Pontificia en que se hablaba mucho contra los Novatores, detestándolos y anatematizándolos como lo merecen. El santo religioso, que estaba más ejereitado en llorar pecados, que en revolver libros, vase luego con la Bula á la celda del Prelado, y dícele azorado y aturdido: *¡Lea, lea V. Paternidad, y ahora verá si eran bien fundados mis escrúpulos sobre estas negras zumbas, que se toleran para mortificar á los pobres Novatores!* Discurra Vmd. cuanto reiría aquel Prelado; pues no me reí yo ménos con la sandéz de nuestro Penitente, y de todos los que le acompañan, en tratar de *novatores* á cuantos les enseñan lo que ellos no saben; pretendiendo espantar con este coco aún á los que no son niños mentecatos ni badeas.

Los Novatores, señor Penitente, en todos tiempos se han llamado, y lo son únicamente aquellos que han enseñado ó enseñan nuevas doctrinas, contrarias á los dogmas de la fé, á las decisiones de los Concilios

generales, y á las tradiciones universalmente aprobadas y recibidas por la Iglesia. Los demás, que en otras materias pertenecientes á las ciencias naturales, ó descubren nuevos zumbos, ó ellos los inventan, separándose del camino comun y carretero, ni son, ni merecen el odioso nombre de *Novatores*, sino el de gloriosos descubridores de sendas ignoradas, ó el de inventores de rumbos verdaderamente nuevos, que quizás guiarán á la verdad por mejor y más seguro camino. Vea Vmd. con sosiego, y sin preocupacion, si hay algo de lo primero en el Fray Gerundio; y si lo hallare, y me lo hiciere ver á mí, yo seré el primero que grite contra el autor, y que le declare por *Novator in primo capite*; y sino se desdijere, tampoco seré el último que concorra con mi cornadillo ó con mi manajo á la hoguera. Algo pesadilla ha estado esta digresion; pero como nos hallábamos en el capítulo del avestruz, pegóme este pájaro la pesadéz con que á Vmd. regalo.

En orden al gavilan, tengo poco que decir: porque el Penitente le pinta, que ni el mismo D. Pedro Calderon de la Barca le pintaria mejor. Aquello de *acreditando su cuna sobre las alas del viento, tiene su comun habitacion en el aire, donde animada flecha de sus plumas, ya se dobla como arco, ya se vibra como sueta, ya se exhala como rayo*; no pareceria bien en una relacion que Carlos hiciese á Laura al volverse de una caza de Cetrería? Es verdad que si yo fuese demasidamente reparativo, algo podria decir sobre las alas del viento, que se me figuran á las otras alas del Sático; puesto que jamás he visto pintado al viento con alas; ni sé para que las haya de menester, una

vez que no ha de volar sobre sí mismo; pero este reparo se lo lleva el aire; y más cuando sabemos que hay ciertos vientos pestilenciales, que se llaman *Plumas*; y estas solo se diferencian de las alas en la forma y en el sitio. Más dificultad me causa aquello de que el gavilan *sea animada flecha de sus plumas*; porque no entiendo lo que quiso decir el Penitente; pero acaso ni él mismo tampoco lo entenderá; pues acá tambien tenemos nuestro Gali-Matías (1), aunque el nuestro sea *Matias sin Gali*. *Al echarse el solo como rayo*. Eso sí, que estaba bien dicho, y filosóficamente; porque ¿quién no sabe que el rayo es un cuerpecillo sutilísimo y muy espirituoso, que se evapora de las nubes luego que les quitan el tapon? y como todas las nubes están con la boca hácia la tierra, en sacándolas el corcho (por ministerio del tirabuchon, como se hace con las botellas), el rayo se exhala hácia abajo. La filosofía es un poco nueva; mas no por eso le han de llamar *Novator* al Penitente. Dejémonos de fruslerías; y en todo caso el autor del Fray Gerundio tenga entendido que es la mitad gavilan; advirtiéndole no la hacen poco favor; pues á mal andar, ya se supone medio parecido al otro Padre Guardian, de quien se dijo (no sé si con razon ó sin ella):

Reverendo en Cristo Padre,
Seráfico Gavilan,
Prelado de San Francisco
De Asis, por lo que agarrais.

¿Pero apostemos dos cuartos á que Vmd. no sabe

(1) El Padre Marquina se llama *Matias*.

por qué el Penitente llama *avestruz* y *gavilan* al autor desdichado del Fray Gerundio? La razon es clara y concluyente. Porque *unas veces vuela al Templo, otras veces se abate á la cocina: unas sube al púlpito, otras baja á la dispensa: unas vibra sus filos contra la impericia de los Oradores Evangélicos, otras hace burla de un Clérigo y de un Fraile: unas se pasea por los miradores, azoteas y galerías; otras camina por los cuartos bajos: unas eleva las atenciones para que conozcan la attura de su sabiduría; otras deja á los bobos con la boca abierta.* Vea aquí Vmd. unas razones que no admiten réplica, en virtud de las cuales queda el autor concluyentemente convencido de ser *avestruz* y *gavilan*, sin que tenga escapatoria. Pero diga Vmd. al señor Penitente que pregunte á su P. Confesor ¿cuántas veces su Reverendísima voló al templo, y desde el templo voló tambien á cocina y al refectorio? ¿Cuántas subió por la mañana al púlpito, y por la tarde bajó á la dispensa? ¿Cuántas veces vibró sus filos contra la impericia de los oradores Evangélicos, y despues, para divertirse, se zumbó con algun Fraile ó con algun clérigo? ¿Cuántas se paseó por las galerías del convento, y después bajó á los lugares comunes? ¿Cuántas subió al campanario y desde allí se fué á las cantinas? ¿Cuántas elevó las atenciones para reconocer la alteza de su sabiduría, y cuántas dejó á muchos bobos con la boca abierta? Pues cate aquí otro *avestruz* y *gavilan*, que no le pierde pinta al otro *avestri-gavilucho*. ¿Qué digo? desde Adán acá no ha habido hombre, que no haya sido *avestruz* y *gavilan*, segun este modo delicado de concebir: porque ninguno ha habido que no haya tratado de cosas ele-

vadas y abatidas, altas ó bajas, segun lo pide la necesidad. Quedamos, pues, en que esto lo dijo el pobre Penitente, para aplicar con la mayor delicadeza el texto del santo Job.

No, señor, téngase Vmd. ahí, replica el Penitente; porque *el autor, en el capitulo 5, núm. 8 y 10, y en el cap. 6, núm. 8, se abate á unas bajezas tan ínfimas, que solo el avestruz más pesado y más soez pudiera abatirse á ellas.* Veamos cuáles son. En el cap. 5, núm. 8, cita el autor las palabras formales de cierto sermon que oyó; y en ellas un equívoco muy sucio; y está claro como el agua, que las cita para dar vaya, y todo contra el tal disparatado equívoco: pues añade inmediatamente que un gran letrado y hombre maduro, trató de puerco, sucio, hediondo y digno de hoguera. Dígame ahora: ¿una indecentísima bajeza, que detesta el autor tan fuertemente, será de cuenta suya, ó del orador Evangélico que la dijo? ¿Y con qué buena fé atribuye el Penitente al autor lo mismo que este detesta y abomina? La bajeza del núm. 10 se reduce á que un maestro de niños, gran estafalario y socaliñas, y muy agasajador de niños, cuyos padres le regalaban más, bajaba él mismo las braguillas á un chicuelo, para que se proveyese. Esta ya se vé que es una bajeza *avestruzal*, que no sé yo como no se le cayó la cara de vergüenza al autor cuando se resolvió á estamparla. Señor Penitente, como Vmd. es tan melindroso y tan escrupuloso, es natural que jamás haya leído la abominable *Historia de Don Quijote de la Mancha*, que desterró del mundo los libros de caballería; así como en la *Historia de Fray Gerundio* se pretende desterrar del púlpito las